

Del estudio al escenario

Hay una vieja paradoja acerca del árbol que cae en el bosque —si nadie está ahí para escucharlo, ¿hace o no hace ruido?— que suele aparecer como un simple juego intelectual, pero en realidad abre una discusión profunda sobre dos cuestiones filosóficas: qué existe y qué podemos conocer de lo que existe. Dicho de otro modo, nos enfrenta con la diferencia entre una mirada ontológica y una epistemológica.

Desde el punto de vista ontológico, la pregunta apunta a la naturaleza de las cosas. Si un árbol cae, produce vibraciones en el aire: ondas sonoras. En ese sentido, el fenómeno físico ocurre independientemente de que haya alguien presente para percibirlo. El árbol cae, el aire vibra, la energía se transmite. El acontecimiento pertenece al orden del ser, de lo que existe. El bosque no necesita espectadores para que sus procesos ocurran.

Pero desde el punto de vista epistemológico, la cuestión cambia. Porque lo que llamamos “ruido” no es solamente la vibración del aire: es la experiencia de escuchar esa vibración. El sonido, en cierto modo, se completa cuando un oído lo percibe y una mente lo interpreta. Si no hay nadie allí para escucharlo, entonces no hay experiencia sonora, aunque haya vibraciones físicas. El fenómeno existe, pero no se convierte en conocimiento ni en percepción.

Esta tensión entre lo que es y lo que se percibe aparece también en el mundo de la música y, particularmente, en la práctica de cualquier instrumento (incluida la voz).

Cuando alguien ensaya a solas —ya sea con un instrumento o cantando—, ocurre algo muy parecido al árbol que cae en el bosque. Desde una perspectiva ontológica, la música existe plenamente. Las notas suenan, el aire se mueve, la técnica se despliega, el fraseo cobra forma. El fenómeno físico y musical sucede con total realidad. El músico produce sonido, modula timbres, articula ideas. La música ocurre, aunque no haya público.

Sin embargo, desde una perspectiva epistemológica, la interpretación adquiere otra dimensión cuando aparece un oyente. Porque la música es también un acto de comunicación. Cuando alguien escucha, la obra se completa en una conciencia distinta de la del intérprete. El oyente reconoce matices, interpreta intenciones, se emociona o no. En ese momento, la ejecución deja de ser sólo un fenómeno físico o técnico y se convierte en una experiencia compartida.

Esto no significa que practicar a solas sea un acto incompleto. Al contrario: el estudio musical implica justamente ese espacio donde el intérprete explora su sonido sin la mediación inmediata de la audiencia. Allí el músico escucha su instrumento, prueba caminos expresivos, corrige afinaciones, descubre colores. Es una relación íntima con el sonido. En cierto modo, el músico es al mismo tiempo el árbol, el bosque y el oyente.

Pero cuando aparece la audiencia ocurre algo interesante: el fenómeno musical cambia. No necesariamente cambia la nota ni la partitura, pero cambia la intencionalidad. La música se proyecta hacia otro. La respiración, el pulso, el fraseo y hasta el silencio adquieren un sentido comunicativo. El sonido deja de ser solamente algo que ocurre y pasa a ser algo que se dirige.

Volviendo a la paradoja del árbol, podríamos decir que la música habita precisamente ese punto intermedio entre ontología y epistemología. El sonido existe como fenómeno físico, como vibración del aire y de la materia. Pero la música —en su sentido más pleno— aparece cuando esa vibración encuentra una escucha.

Por eso el camino de la música tiene dos momentos igualmente necesarios. Uno es el del bosque vacío: el espacio del estudio, de la exploración, de la construcción técnica y expresiva. El otro es el momento del encuentro: cuando ese sonido se vuelve audible para otros y se transforma en experiencia compartida, como sucede en el escenario.

En definitiva, la pregunta no es sólo si el árbol hace ruido cuando cae solo en el bosque. La pregunta también podría ser otra: ¿para quién suena la música?

Y tal vez la respuesta sea que primero suena para uno mismo, para afirmar su propia existencia sonora, y después, cuando alguien aparece en el bosque, ese mismo sonido se convierte en arte compartido.